Presentación: Quevedo y la erudición de su tiempo

Sagrario López Poza
Universidad de la Coruña

El presente número de *La Perinola* pretende contribuir a un mejor conocimiento de varios aspectos de la erudición de Quevedo y sus contemporáneos. Hoy entendemos la erudición de una forma amplia y vaga como un conocimiento o instrucción en diversas materias, ciencias o artes, pero en tiempo de Quevedo, cuando se calificaba a alguien de «erudito» se sabía con bastante certeza qué tipo de conocimientos poseía y cuál era la forma en que mostraba su pericia al utilizarlos.

El concepto de erudición sufrió en los Siglos de Oro una serie de cambios que van desde la estimación de conocimientos almacenados en la memoria para utilizar principalmente de forma oral ante un auditorio (ya fuera en charlas de salones cortesanos o en el foro político o en el púlpito), a un afán de acopio y ostentación de saberes procedentes de una cultura impresa destinada a enriquecer la elocuencia sagrada y civil, utilizados para empedrar, enjoyar, adornar los escritos de quienes seguían considerándose humanistas. La forma equilibrada en que se utilizara esa erudición era la línea de frontera entre los verdaderamente sabios, que se dirigían a otras personas con un nivel alto de instrucción, y quienes, deseando sorprender y admirar a los receptores de sus creaciones, no practicaban la mesura conveniente y acumulaban lugares, dichos, hechos y todo tipo de saber de poliantea o miscelánea haciendo casi imposible seguir el hilo de su discurso, entorpecido con un afán de exhibición de erudición huera. Cuestión de gustos y de tiempos, pero también de métodos y de una idea del concepto que determinaba diferencias notables en emisor, receptor, soporte, lengua en que se adquirían y en que se vertían los conocimientos...

El primer tipo de erudición al que aludo predominó en el siglo XVI; se adquiría en ámbitos cortesanos, monacales o eclesiásticos, en escuelas humanísticas y, por supuesto, en la Universidad; se precisaba conocer bien el latín para acceder a ella y se contaba con una formación semejante en el receptor. El método seguido para la adquisición de esos conocimientos estaba inspirado en humanistas como Desiderio Erasmo, Luis Vives, Salinas, Lorenzo Palmireno, Francisco Sánchez el Brocense, Baltasar de Céspedes o Justo Lipsio, que enseñaron y algunos pusieron por escrito cómo elaborar el *codex excerptorius* para explotar adecuadamente los conocimientos adquiridos pacientemente, en lecturas o conversaciones personales. Era, fundamentalmente, una erudición de primera mano.

El segundo tipo de erudición fue imponiéndose a finales del siglo XVI, y llegaría a una descomposición a finales del siglo XVII. La adquisición de la variedad de saberes que nutrían la erudición se centraba, sobre todo, en las escuelas de jesuitas, que habían llegado a extenderse con éxito por todas las ciudades de cierta importancia. Era preciso saber latín, pero cada vez se publicaban más misceláneas de curiosidades eruditas en lengua española, destinadas a un público con capacidad adquisitiva pero sin la formación suficiente en latín. Buena parte de los autores de estas obras eran también jesuitas, como el padre Causino, cuya *Corte santa*, traducida del francés, gozó de espectacular éxito entre personas de una cultura media, o el padre Nieremberg, con una gran variedad de obras (tanto en latín como en castellano) que alimentaban la sed de argumentos o curiosidades no sólo a sacerdotes ávidos de motivos de invención de sus sermones, sino a académicos, cortesanos, frecuentadores de salones o mentideros... Ahora el receptor era manifiestamente inferior en conocimientos al emisor. El método seguía básicamente siendo el mismo, el del conocido *codex excerptorius*, pero las sentencias o diverso contenido destinados a llenar las páginas de esos cuadernos o cartapacios personales organizados por lugares comunes no tenían por qué proceder de lecturas del mismo individuo; podían recogerse de otros cartapacios (existía la costumbre de intercambiarse los propios entre amigos, o comprar en almoneda los de los fallecidos) o de libros impresos (florilegios o polianteas) que pronto vinieron a satisfacer la necesidad y la demanda de noticiosos saberes nutriéndose para elaborar su mercancía de lo que había sido en germen un cartapacio personal y se había ido ampliando con trabajos de varios individuos, lo que ocurría con frecuencia en órdenes religiosas que disponían de un buen equipo de ayudantes. Es el caso de la conocida enciclopedia o florilegio de sentencias *Mondo symbolico*, iniciada por el fraile agustino Philippo Picinelli como un cartapacio personal, un ayuda-memoria para componer sus sermones cuando estaba de viaje, y que sus hermanos de orden fueron «engordan-

do» hasta componer los dos gruesos volúmenes que ocupó en su versión impresa, destinada a ser la compilación más conocida y usada en Europa y América durante los siglos XVII y XVIII como auxilio de la *inventio* de oradores, predicadores, académicos y poetas, a quienes va dirigida, como reza en su título[1].

En tiempo de Quevedo, las convenciones sobre qué se consideraba materia erudita digna de ser destinada a adornar, ilustrar, enriquecer o fecundar la producción de un escritor habían llegado ya a fraguarse partiendo de las primeras indicaciones de Vives o Erasmo. La «universal noticia de dichos y de hechos», como denomina a la erudición Gracián en la *Agudeza*[2] solía adquirirse de la Historia (sagrada o profana), apólogos y parábolas, sentencias y apotegmas tomados de la Filosofía moral y la poesía, adagios y refranes, emblemas, jeroglíficos, alegorías e incluso de las leyes.

Desde su juventud, Quevedo gozó de una fama de hombre docto y erudito, y la crítica ha demostrado que la apreciación estaba justificada, a pesar del empeño que pusieron algunos contemporáneos del escritor en desacreditar su reputación y la vehemencia que han ostentado algunos críticos modernos en señalar sus faltas. Hoy sabemos que Quevedo gozó de una de las mejores educaciones a que podía aspirar un escritor de su época, y precisamente el amplio bagaje erudito del que disponía supuso con frecuencia una rémora en su actividad de creador literario.

Los libros fueron venero donde Quevedo alimentó gran parte de su erudición[3]. Su cercanía a la nobleza y las dotes adquiridas en su infancia para tratar con ella le facilitaron el acceso a libros que poseían algunos nobles curiosos y bibliófilos, y él mismo gastaba gran cantidad de dinero en adquirir publicaciones novedosas, a menudo procedentes del extranjero, e incluso manuscritos, que atesoró como su mejor patrimonio mientras pudo. Los libros eran para nuestro escritor auténticos maestros, y en ellos desarrolló una cultura que no podía hallar en las aulas, en ocasiones por heterodoxa[4], o amplió la que ya poseía. El hábito y frecuentación con los libros y los métodos adquiridos en su educación jesuítica le pro-

[1] *Mondo simbolico o sia Università d'imprese scelte, spiegate, ed illustrate con sentenze, ed eruditioni sacre, e profane. Studiosi diporti dell'Abbate D. Filippo Picinelli Milanese nei canonici regolari Lateranensi Teologo, Lettore di Sacra Scrittura e Predicatore privilegiato. Che somministrano à gli Oratori, Predicatori, Accademici, Poeti, etc., infinito numero de concetti. Con indici copiosissimi.* In Milano, Per lo Stampatore Archiepiscopale, 1653. Hubo otras tres ediciones en italiano, a las que se sumaron varias hasta bien entrado el siglo XVIII con la traducción al latín de Augustin Erath, quien amplió decisivamente el repertorio añadiendo muchas fuentes, sobre todo de autores alemanes.

[2] Gracián, *Agudeza y arte de ingenio*, pp. 726-30.

[3] De ello ya he tratado en López Poza, 1995.

[4] Ver al respecto el apéndice sobre obras relacionadas con la Astrología que da Martinengo, 1992, pp. 173-79.

porcionaron una «cultura libresca» que siempre utilizó en sus escritos, ahogando a menudo la invención y creatividad por afán de refrendar sus asertos con argumentos de otros, es decir, impulsado por el deseo de transmitir una imagen de un erudito que domina a la perfección los recursos de la oratoria.

En los últimos años hemos disfrutado de las aportaciones de quevedistas que han aclarado datos sabrosos sobre libros que Quevedo poseyó, leyó o utilizó como fuente. De esos trabajos, lo más notable es que confirman las palabras de su temprano biógrafo, Tarsia, sobre la pasión lectora de Quevedo y que leía «no de paso», sino con atención, subrayando, anotando comentarios o citas en los márgenes. Algunas de esas obras están en italiano o francés, y parece poderse afirmar que estas lenguas las dominaba lo suficiente como para poder leer un libro entero enterándose bien del contenido, aunque tuviera que acudir a algún diccionario a aclarar modismos o frases hechas poco comunes, cuya equivalencia en castellano anotaba al margen.

La fama de erudito de que gozaba Quevedo en su tiempo estaba justificada porque respondía a criterios de su época; aunque los defensores de un humanismo más apegado al método primitivo lo criticaran. Muy pocos escritores, como González de Salas indica al comienzo de *El Parnaso*, habían pasado por una formación intelectual tan sólida como la suya. Nuestro escritor, en realidad, recibió una educación destinada a más altos vuelos de lo que consiguió. De haber concurrido otras circunstancias en su vida, su formación le hubiera conducido al sacerdocio y tal vez a puestos sociales más relevantes. Su carácter, su impulso creador y las circunstancias no se lo permitieron, pero durante toda su vida hubo de debatirse entre lo que debía hacer para alcanzar una imagen social que le permitiera mantener su dignidad de hidalgo y dar rienda suelta a una capacidad creativa que, cada vez que no conseguía refrenarla en encauzarla a formas ortodoxas, le acarreaba grandes problemas.

En este número de *La Perinola*, se presentan trabajos que ahondan en la erudición de Quevedo y también de sus contemporáneos, lo que ayuda a comprender mejor un comportamiento intelectual ligado a una época. José Aragüés analiza la trayectoria de las teorías sobre el acopio de *exempla* desde la obra de Erasmo hasta los últimos tratados de retórica del Barroco, y nos muestra la evolución que se produce en el método del *codex excerptorius*, que alumbra mucho sobre la evolución del concepto de erudición del que hablábamos antes. El trabajo de Lía Schwartz demuestra que Quevedo fue un receptor ideal de textos clásicos que se habían convertido en modelos temáticos y de estilo. A partir de ellos el escritor reelabora lugares tomados de Propercio y Persio, cuya obra conoce bien y admira en extremo, lo mismo que el intelectual más respetado en las décadas finales del siglo XVI y las primeras del XVII: el belga Justo

Lipsio, tan estimado por Quevedo. A partir de esas fuentes, nuestro escritor muestra su habilidad retórica en el uso de la agudeza y la erudición. El trabajo de Rodrigo Cacho señala la influencia que los *Mondi celesti, terrestri e infernali* del escritor toscano Anton Francesco Doni pudieron ejercer en la concepción de los *Sueños* quevedianos. Doni era bien conocido en su época, y es muy posible que Quevedo se inspirara en el modelo onírico infernal del italiano. A su vez, la novelita *Belfagor* de Machiavelli editada y modificada en algunos pasajes por Doni también parece haberle servido como fuente al escritor español.

Cristóbal Cuevas y Antonio Azaustre han preferido atender al Quevedo humanista filólogo; el primero aclara que, con la publicación de la poesía de Fray Luis de León, en 1631, Quevedo no propone como imitable la práctica clasicista del agustino, como a veces se ha dicho, pues era bien consciente de que esa poética era ya imposible para sus contemporáneos; la edición ha de entenderse como una propuesta de paradigma de una autenticidad estética en medio de la polémica anticulterana, no como objeto de *imitatio* en lo temático y formal. Azaustre estudia la *Dedicatoria a Olivares* que precede a la edición que Quevedo hizo de la poesía de Fray Luis de León. Analiza algunos de los aspectos referidos a la retórica y poética que se desarrollan en esa *Dedicatoria* y muestra cómo trata el escritor los aspectos más discutidos en las polémicas literarias sobre el estilo en poesía a la vez que maneja un apreciable número de autoridades y tratados referentes a estas disciplinas.

La relación de Quevedo con los libros ha sido tratada aquí por Carmen Peraita y por Isabel Pérez Cuenca. La primera, partiendo de la atención que Tarsia presta a las prácticas lectoras de Quevedo y su relación con los libros, estudia la peculiaridad con que se detalla la naturaleza de la relación del Quevedo erudito con la lectura, los hábitos lectores y tipos de lectura, el carácter metódico y sistemático que implicaba, y las percepciones de su finalidad. Isabel Pérez Cuenca aporta información muy útil para ahondar en la formación libresca de Quevedo: nos ofrece el catálogo de ejemplares conocidos hasta ahora de la biblioteca quevediana, su localización y los estudios que han ido dando cuenta de los hallazgos. Tomando como base el índice de la biblioteca del Monasterio de San Martín redactado en 1788, ha vaciado las entradas de unos 20 autores leídos y citados por Quevedo y ha identificado, cotejando con el *Catálogo Colectivo de Patrimonio Nacional*, varias de las obras allí recogidas. Pérez Cuenca brinda también el hallazgo de un nuevo ejemplar de la biblioteca de Quevedo, que contiene las *Obras in vaticina Isaiae Prophetae clarissimi, parapharasis*... y *Sanctissimi Patris Benedicti Vita*... ambas de Ioanne Carpenteio.

Como complemento y contrapunto a los trabajos sobre Quevedo y su universo intelectual, se ofrecen aquí diversos análisis de las

prácticas de la erudición de otros escritores e intelectuales españoles, como Lope de Vega, Jusepe Antonio González de Salas, Francisco de Trillo y Figueroa, Baltasar de Vitoria y de escritores mexicanos del Barroco como Sor Juana Inés de la Cruz y algunos poetas en quienes pudieron influir los salmos y las canciones pindáricas quevedianas. Carlos Brito atiende al Lope en plena madurez creativa e intelectual de *La Dorotea;* Manuel Ángel Candelas, al analizar los preliminares escritos por González de Salas al *Parnaso español* de Quevedo, nos permite acceder no sólo a la variada erudición que nutre la poesía de nuestro autor, sino también a la formación y capacidad de su amigo para señalarla. Pedro Ruiz se centra en la práctica genérica y editorial de Trillo y Figueroa en *La Neapolisea. Poema heroico y panegírico,* que refleja la complejidad del esplendor de la poética cultista, en particular en el tratamiento de las citas y su despliegue en los márgenes editoriales del poema, hasta el punto de poder considerarlo como la plasmación de una «poética de la erudición». Guillermo Serés nos permite con su trabajo conocer mejor el tejido de erudición con que el más importante mitógrafo del Siglo de Oro (después de Juan Pérez de Moya y su *Filosofía secreta*) elabora una de las obras más utilizadas por poetas, predicadores e intelectuales para nutrir su erudición: el *Teatro de los dioses de la gentilidad,* de Baltasar de Vitoria. El mexicano Arnulfo Herrera intenta averiguar el influjo que pudo ejercer Quevedo en la poesía de la Nueva España, en especial los salmos y las canciones pindáricas. Por último, el trabajo que yo presento, analiza la vastísima erudición de que hace gala Sor Juana Inés de la Cruz en la concepción del programa iconográfico para el arco dedicado por la catedral de México a la entrada del vigésimo octavo virrey de México, don Tomás Antonio de la Cerda, plasmada en el *Neptuno alegórico,* en prosa, y la *Explicción sucinta del arco,* en verso.

Creo que, en definitiva, este ramillete de trabajos ayudan a conocer un poco mejor la obra de Quevedo y sus contemporáneos y los trabajos presentados constituyen una muestra de las habilidades del manejo de las fuentes de erudición consideradas como parte de la formación indispensable en un intelectual del siglo XVII.

Bibliografía

Gracián, B., *Agudeza y arte de ingenio,* en *Obras completas,* ed. E. Blanco, Madrid, Turner, 1993, vol. 2.

López Poza, S., «La cultura de Quevedo: cala y cata», en *Estudios sobre Quevedo. Quevedo desde Santiago entre dos aniversarios,* ed. S. Fernández Mosquera, Santiago de Compostela, Universidad, 1995, pp. 69-104.

Martinengo, A., *La astrología en la obra de Quevedo: una clave de lectura,* Pamplona, Eunsa, 1992.

Picinelli, P., *Mondo simbolico o sia Università d'imprese scelte, spiegate, ed illustrate con sentenze, ed eruditioni sacre, e profane. Studiosi diporti dell'Abbate D. Filippo Picinelli Milanese nei canonici regolari Lateranensi Teologo, Lettore di Sacra Scrittura e Predicatore privilegiato. Che somministrano à gli Oratori, Predicatori, Accademici, Poeti, etc. infinito numero de concetti. Con indici copiosissimi,* Milano, Per lo Stampatore Archiepiscopale, 1653.